



Cristo en Toda la Biblia: *Deuteronomio*

DAVID ALVES

© Prensa Acacia 2022

Prensa Acacia
Emiliano Zapata Campeche, México
www.graciamasgracia.com

CRISTO EN TODA LA BIBLIA: DEUTERONOMIO

David Alves



PREFACIO

Llegamos al quinto libro de la ley. Con la ayuda del Espíritu buscaremos a Jesús en sus páginas, así como lo hemos hecho con los demás escritos de Moisés.

En el libro de Deuteronomio, Israel está acampando en los campos de Moab. Ya podían mirar la tierra que Dios les había heredado. Después de cuatrocientos años, la promesa de Jehová está por cumplirse, y muy pronto tomarán posesión de la Tierra Prometida.

La palabra “deuteronomio” significa “segunda ley”. Este libro ha sido llamado de esta manera porque gran parte de su contenido es un recordatorio de lo que ya se le había dicho a Israel.

En este quinto libro de la ley, encontramos una serie de discursos que da Moisés a Israel.

Deuteronomio es citado unas ochenta ocasiones en el Nuevo Testamento. Junto con Génesis, Salmos e Isaías, forma parte de un grupo selecto de los libros que más son citados en el Nuevo Testamento. Cristo citó Deuteronomio tres veces al ser tentado por el diablo.

Si Deuteronomio tiene aproximadamente 3,500 años desde que se escribió, y gran parte de su contenido puede ser encontrado en los otros libros de Moisés, ¿por qué debemos leer y estudiar este documento en la actualidad?

Pablo contesta esa pregunta al escribir a los corintios al referirse a este libro. Al citar el libro de Deuteronomio en su carta, él afirmó: “Por nosotros se escribió” (1 Co. 9:10). Como todo libro en la Biblia, el quinto libro de la Torá, está lleno de nuestro Señor Jesús. Hay mucho que podemos aprender de él aquí.

Los estudios sobre este libro son Cristo-céntricos porque eso es lo que buscamos hacer en cada uno de los libros de esta serie de *Cristo en Toda la Biblia*. Lo que hacemos en esta edición es tomar frases que aparecen a lo largo del libro y las relacionamos con el Hijo de Dios.

Deseo que al leer los siguientes escritos, su conocimiento y su amor por Cristo crezcan; y así su vida sea para su eterna gloria.

David Alves Jr.
Emiliano Zapata,
Campeche, México
18 de Agosto de 2022

TAN NUMEROSOS COMO LAS ESTRELLAS

Jehová vuestro Dios os ha multiplicado, y he aquí hoy vosotros sois como las estrellas del cielo en multitud. ¡Jehová Dios de vuestros padres os haga mil veces más de lo que ahora sois, y os bendiga, como os ha prometido! Dt. 1:10, 11

Moisés recordó la ocasión en la que se vio abrumado por lo numeroso que era Israel y por todo el estrés que eso le implicaba. Se consideró incapaz de poder guiar a un pueblo tan grande. Él dijo: “Dios os ha multiplicado, y he aquí hoy vosotros sois como las estrellas del cielo en multitud”. Lo que causó gran desánimo a Moisés, es una clara muestra de la fidelidad y del poder de Dios; y nos lleva a pensar en el Salvador del mundo.

Abraham y Sara eran de edad avanzada y ella era estéril, cuando Dios les dijo que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo (Gn. 15:5; 22:17; 26:4). Lo mismo le prometió a los otros patriarcas (Éx. 32:13). Ciertamente era difícil, humanamente hablando, pensar que de una pareja en esas condiciones, saliera un linaje tan numeroso. Pero en el cielo hay un Dios que todo lo puede.

Esta multiplicación de Israel como las estrellas del cielo, en parte se cumplió en los días de Moisés. Israel llegó a ser una nación muy numerosa en esa época. Moisés también exclamó: “¡Jehová Dios de vuestros padres os haga mil veces más de lo que ahora sois, y os bendiga, como os ha

prometido!” Esto se cumpliría en aquellos tiempos, pero también en nuestros días. Dios nos enseña que “los que son de fe, éstos son hijos de Abraham” (Gál. 3:7). De los lomos del padre de la fe, han nacido millones de Israelitas, pero se ha hecho de aún más hijos espirituales, a través de todos aquellos que han creído en Cristo Jesús.

Nadie sino solo Dios podía hacer que de una pareja en el ocaso de sus vidas y que no podían tener hijos, se hallase un linaje como el número de las estrellas en el cielo. Dios lo prometió y lo cumplió porque él es fiel y porque él es poderoso. Pero nada de esto fue por Abraham o por Sara. Todo esto ha sido posible por Dios, pero también por la obra suprema de nuestro Señor. Él tuvo que encarnarse, sufrir humillaciones, llevar el castigo de nuestra paz y resucitar, para que hubiese un pueblo para Dios tan numeroso como las estrellas del cielo.

Por unos 6,000 años, Dios lleva salvando personas, gracias a la obra de su Hijo. Los que vivieron antes de que Cristo viniera, se beneficiaron de la obra del Hijo de Dios, de la misma manera en la que nosotros lo hemos hecho, aún cuando nosotros vivimos después de su venida. No hay pecador sobre esta tierra que ha sido salvado de sus pecados, por algún medio a parte de lo que Jesús hizo en la cruz. Si no fuera por sus méritos, no habría un pueblo tan grande para la gloria de Dios.

En Hebreos 2:10 leemos: “Convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.” Miles de millones de personas han sido bienvenidos

al pueblo del Señor como hijos suyos por medio de lo realizado por su Hijo. Él merece recibir toda honra y gloria, porque ciertamente su obra no fue en vano. Lo que él hizo a favor de la humanidad, ha bendecido a una infinidad de personas, tan numerosos como las estrellas.

POR EL GOZO PUESTO DELANTE DE ÉL

“Yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán, aquel buen monte, y el Líbano. Pero Jehová se había enojado contra mí a causa de ustedes, por lo cual no me escuchó” Dt. 3:25, 26

Veamos a Cristo en las palabras que Moisés le oró a Dios y que también le dijo a Israel al llegar al final de su vida.

Moisés sabía que no entraría a la tierra prometida por causa de su desobediencia a Dios. A pesar de entender esto, Moisés le rogó a Dios la oportunidad de poder ver la tierra que era para Israel, más allá del río Jordán. Antes de morir, él quería poder tener un vistazo de la bendita tierra que fluía leche y miel.

El Señor Jesús también vio la bendición de su Padre, como el resultado de su muerte y resurrección, antes de entregar su vida sobre el madero. Leemos acerca de él: “por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Heb. 12:2). Oprobio es vergüenza. Increíblemente, el Señor sufrió la terrible muerte de la cruz con gozo, porque miró hacia adelante y vio todo el gozo que le esperaba. Moisés quiso ver la tierra, la bendición de Dios; pero él no fue humillado ni tuvo que sufrir por los pecados de otros. Moisés murió por su propia desobediencia.

En este sentido figurativo, Jesús quiso ver la tierra, como Moisés, antes de morir. Este deseo no fue algo que fue concebido en su mente poco antes de morir ni en algún punto de su vida aquí sobre la tierra. Esto fue algo que él deseó eternamente y al venir a este mundo. El escritor a los Hebreos, cita el Salmo 40 para detallar esto. “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí” (Heb. 10:7). Él sabía que para poder disfrutar de la herencia que él recibiría al compararnos por su sangre, él tendría que ser siempre obediente a su Padre. Lo que Moisés no pudo gozar, por causa de su desobediencia; Cristo sí lo pudo gozar, por causa de su obediencia.

También podemos ver a nuestro Salvador, en las palabras que Moisés le dijo a Israel sobre cómo Dios se había enojado con él por causa del pecado de la nación, al grado de no escucharle. Moisés sufrió un distanciamiento de Dios; en este caso, no por pecados suyos, sino por los de Israel. ¿Sí ve a dónde podemos ir con esto en nuestras mentes?

Jesucristo que es sin pecado, sufrió el enojo de Dios por culpa de nuestros pecados. No podemos comprender lo que habrá sido para el alma cristalinamente pura del Señor, ser herida por Dios que es “fuego consumidor” (Heb. 12:29). Tampoco podemos dimensionar lo que habrá sido para el que “no conoció pecado” (2 Co. 5:21), padecer lo horripilante que “es caer en manos de un Dios vivo” (Heb. 10:31). Moisés sintió el enojo de Dios por causa del pecado de la nación, pero él era pecador y no tuvo que sufrir por ello. Jesucristo sintió el enojo de Dios, no

por los pecados de una nación, sino de toda la humanidad, siendo él perfecto; y él sí tuvo que sufrir en gran manera.

El enojo de Dios le llevó a no escuchar la súplica de Moisés. Volvemos a la cruz y escuchamos al santo Hijo de Dios, clamándole y no siendo escuchado por él. Derriten nuestro corazón sus palabras cuando le dijo a su Dios: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; Y de noche, y no hay para mí reposo” (Sal. 22:1, 2). Murió abandonado y desamparado de su Dios sin ser escuchado.

Adoremos a Cristo, quien sufrió con gozo la cruz, porque podía ver lo que le estaba preparado, lo que estaba por delante de él. Exaltemos a Cristo. Él también padeció la ira de Dios y sufrió un terrible distanciamiento por nuestras culpas.

¡La gloria sea solamente para él!

DE EGIPTO A CANAÁN- UN CONTRASTE ENTRE ISRAEL Y CRISTO

David R. Alves

Israel acampó, por fin, en los campos de Moab. Ya se divisaba al otro lado del Jordán la Tierra Prometida.

“Once jornadas hay desde Horeb, camino del monte Seir, hasta Cades-barnea”, Dt. 1:2. Este versículo quiere decir que el pueblo de Israel debería haber transitado el camino desde el Monte de Sinaí hasta el lindero sur de la Tierra Prometida, una distancia de unos 264 kilómetros, en menos de dos semanas, avanzando 24 kilómetros por día.

Más que un dato geográfico, el versículo es un trágico recordatorio de los cuarenta años, Dt. 1:7, desperdiciados en el desierto, además de más de los seiscientos mil guerreros cuyos cuerpos sepultaron en el camino. Todo esto por la incredulidad y rebelión de la nación.

Sobresalen dos versículos en cuanto a la relación tan estrecha de Israel con Dios, y el éxodo de Egipto:

- “Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito”, Éx. 4:22.
- “Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo”, Os. 11:1.
Sin embargo, Dios tiene un Hijo que también viajó de

Egipto a Canaán, pero sin jamás serle rebelde o desobediente. Nos referimos, obviamente, al Señor Jesucristo.

El Espíritu Santo tomó la segunda frase de Os. 11:1 para referirse a Cristo. El contexto es la matanza de ordenada por Herodes en Belén. Dice Mt. 2:14-15 que José “tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo.”

¿Qué habrá pensado este Hijo, aunque niño aún, al ir de Egipto a Canaán? ¿Habrá visto la peña que fue golpeada? ¿Llegó a Mara? ¿Caminó por el desierto de Sin pensando en el maná? ¿Pasó por el lugar en dónde fue levantada la serpiente de bronce? ¿Y qué de Cades- barnea? Todos estos escenarios, ¡y otros más en el camino!, fueron lugares en los que Israel murmuró contra Dios. Cristo no, ¡jamás! Vio en cada historia una figura de su obediencia hasta la muerte.

No sabemos cuánto tiempo estuvo el niño Jesús en Egipto, ni cuánto duró el viaje de regreso. Sí sabemos que nunca fue rebelde a su Padre. No desperdició un día en su peregrinaje terrenal. “Mañana tras mañana”, Isa. 50:4, despertaba para disfrutar comunión con su Padre. “De día y de noche”, Sal. 1:2, meditaba en las Escrituras. No fue rebelde, ni se volvió atrás, Isa. 50:5. Él mismo dijo: “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”, Jn. 5:30.

Unos treinta años después de regresar de Egipto, nuestro Señor descendió al Jordán para ser bautizado por Juan el Bautista. Fue allí donde se oyó la voz del Padre: “Este es mi

Hijo amado, en quien tengo complacencia", Mt. 3:17.

EL DIOS DEL FUEGO QUE DEVORA

Jehová tu Dios es fuego consumidor. Dt. 4:24

Dios es espíritu (Jn. 4:24), no es fuego. No es un ser compuesto por materia alguna; él es un ser espiritual. En las Escrituras, Dios es fuego consumidor, porque refleja su perfecta justicia y santidad.

Al hacer un pacto con Abraham, manifestó su rectitud cuando apareció un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó en medio de los animales partidos a la mitad (Gn. 15:17).

Después de que Sodoma y Gomorra ofendieron la santidad de Dios por un tiempo prolongado, él hizo que sobre esas ciudades lloviera azufre y fuego (Gn. 19:24).

Moisés al ser llamado por el ángel de Jehová, se le apareció estando en una llama de fuego, en medio de la zarza, la cual ardía en fuego, pero no se consumía (Éx. 3:2). Dios le dijo: “Quítate las sandalias de los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa”.

Sobre Egipto, Dios hizo que lloviera fuego mezclado con granizo sobre aquella nación (Éx. 9:23, 24).

El monte Sinaí humeaba porque Jehová había hecho descender fuego sobre él (Éx. 19:18), cuando Dios le entregó

las tablas de la ley a Moisés.

Al final de los tiempos, Dios destruirá la tierra usando fuego (2 Pe. 3:7).

Pudiéramos continuar con muchos otros ejemplos de cómo el fuego consumidor simboliza la perfección de Dios y su incapacidad de tolerar el pecado.

Aquí en Deuteronomio 4, Moisés cita estas palabras a Israel, al hablarles sobre el hecho de que no podían olvidarse del pacto con Dios e ir detrás de los ídolos. Moisés añade que, no solo es Dios fuego consumidor, pero también es celoso.

Al pensar en la relación entre la metáfora del fuego, y la naturaleza del Dios Altísimo, debemos reflexionar sobre cómo también esto comprueba la deidad de Cristo.

Él bautizó en Espíritu Santo y fuego (Mt. 3:11). Él enviará a personas a quemarse en el fuego eterno (Mt. 25:41). Con fuego probará nuestras obras (1 Co. 3:13). En su segunda venida, vendrá en llama de fuego (2 Tes. 1:8). Sus ojos son como llama de fuego (Ap. 1:14; 19:12).

En Apocalipsis 4:5, el fuego es usado para también representar al Espíritu Santo. De manera que Padre, Hijo y Espíritu Santo son Dios fuego consumidor.

El fuego confirma que Jesucristo es Dios, porque el mismo fuego que simboliza la inescrutable justicia de Dios Padre, también representa el mismo atributo glorioso que vemos en su Hijo Jesucristo.

El hecho de que Dios es fuego consumidor, también debe traer a nuestra atención, la justicia de Dios representada por el fuego, en relación a lo que Cristo sufrió en el Gólgota. La ira de Dios fue vaciada sobre Cristo para que la justicia de Dios fuese alcanzada, y así nosotros pudiéramos ser hechos justos delante de él. Fuego literal no descendió sobre Jesús al estar sobre la cruz, pero sí de forma figurativa, porque padeció intensamente al ser herido, molido y castigado, por el Dios que es fuego consumidor.

El escritor a los Hebreos, citó las palabras de Moisés. En el capítulo 12, al enseñar sobre la disciplina que Dios lleva a cabo en nuestras vidas y sobre la necesidad de vivir vidas apartadas del pecado, él concluye diciendo: “Nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29).

Permite que el carácter de Dios y la obra expiatoria de Jesucristo, produzcan en ti el deseo de vivir conforme a la santidad de Dios, para la gloria de nuestro Salvador.

CRISTO Y DEUTERONOMIO

David R. Alves

Deuteronomio en la Biblia Hebrea se titula Debarim, que significa “palabras”, por la expresión con que comienza el libro: “Estas son las palabras”, 1:1. Cuando se hizo la traducción del Antiguo Testamento al griego, la versión Septuaginta, los traductores titularon el libro *Deuteronomiom* (*deutero*: dos, o segundo; *nomiom*: ley; es decir: segunda ley). Jerónimo adoptó el nombre para su traducción al latín, que usamos también en español.

El libro contiene las palabras de Moisés al pueblo de Israel cuarenta años después de salir de Egipto. La nueva generación de israelitas necesitaba escuchar la repetición o, más bien, la reformulación de la ley que regiría sus vidas al conquistar a Canaán. Alguien bien dijo: “Lo que aprendemos de la historia es que no aprendemos de la historia”. Lastimosamente, Israel no aprendió la lección, y en Canaán cometería los mismos errores, ¡y peores!, de los que habían cometido por cuarenta años en el desierto.

Después de los Salmos y la profecía de Isaías, Deuteronomio es el libro al que más se alude y se cita en el Nuevo Testamento. Cristo disfrutaba este libro. Por ejemplo, lo citó tres veces a Satanás en la tentación en el desierto, Mt. 4:4 (Dt. 8:3); Mt. 4:7 (Dt. 6:16); y Mt. 4:10 (Dt. 6:13).

Note los cuatro verbos de Dt. 5:1, “Oye los estatutos...

aprendedlos... guardadlos, para ponerlos por obra". Unas treinta y nueve veces en el libro se enfatiza el último verbo, es decir, ¡poner por obra lo que Dios dice!

Solamente Cristo cumplió al cien por ciento las palabras de 5.1. Cuando dijo: "He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón", Sal. 40:7-8, se refería a su encarnación. En su vida terrenal fue el Varón del que se dice "que en la ley de Jehová está su delicia, en su ley medita de día y de noche", Sal 1:2.

Los diez mandamientos en las primeras tablas que recibió Moisés fueron escritos con el dedo de Dios, Éx. 31:18, pero esas tablas fueron quebradas por Moisés al pie del monte al ver el desenfreno de la nación, Éx. 32:19. Moisés tuvo que subir de nuevo, con tablas alisadas, y él mismo tuvo que copiar de nuevo los mandamientos, Éx. 34:27. O sea, el arca del pacto llevaba en su seno un "deuteronomio", una copia, en tablas de piedra, de la ley quebrantada.

El propiciatorio cubría el arca y sobre ella se esparcía la sangre una vez al año, en el gran Día de la Expiación. Así, dijo Dios a la nación: "Seréis limpios de todos vuestros pecados" Lv. 16:15, 30. Es una hermosa figura de la gran verdad de que Cristo, sin pecado, es la propiciación por los pecados de todo el mundo, 1 Jn. 2:2; 4:10.

Cristo, aunque cumplió con el mensaje central de Deuteronomio, y murió por pecadores que no pudieron cumplirlo.

DEUTERONOMIO 4: DIOS Y SUS OBRAS SIN PARALELO

David R. Alves

Dios: Su Persona y Sus Obras – Sin Paralelo

En Dt. 4:35 y 39, Moisés repite esta expresión con relación a Dios: “No hay otro”. Véase también: Éx. 9:4; 1 R. 8:60; Isa. 45:14, 18; 46:9, Joel 2:27; y Mr. 12:32. Aparte de Dios “no hay más”, dice Isa. 45:21, 22; 1 Co. 8:4. Dios es único, sin rival, y sin paralelo.

Estas dos frases de ninguna manera contradicen la doctrina de la Trinidad. La Biblia enseña que hay un solo Dios que existe en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Mt. 28:19. Estas tres personas son coiguales, coeternas, y coexistentes. La coexistencia de los tres niega la enseñanza denominada “la unicidad de Dios”, que falsamente trata de enseñar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son manifestaciones diferentes del mismo Jehová.

Deuteronomio significa “segunda ley” y en este libro Moisés repite, recalca, amplifica y, en algunos casos, añade, por inspiración divina, a lo que Dios había dicho cuarenta años antes a la generación anterior en el Sinaí. Aquí, en el capítulo 4, vemos cómo Dios vuelve a establecer claramente lo enseñado ya con el Primer Mandamiento: “No tendrás dioses ajenos delante mí”, Éx. 20:3.

El capítulo 4 destaca otra gran verdad, y es que Israel había sido testigo de obras que entre las naciones jamás se habían visto. “Pregunta ahora si en los tiempos pasados que han sido antes de ti, desde el día que creó Dios al hombre sobre la tierra, si desde un extremo del cielo al otro se ha hecho cosa semejante a esta gran cosa, o se haya oído otra como ella”, v. 32.

Jesús: Su Persona y Su Obra – Sin Paralelo

Escuchemos a Pedro predicar en Jerusalén: “Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”, Hch. 4:12.

“No hay otro.” Jesús es el único Salvador, singular, sin rival sin paralelo. Él mismo dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”, Jn. 14:6.

Cuando Cristo clamó sobre la cruz “Consumado es”, había terminado una obra sin precedente en la historia de la humanidad, y la validez y eficacia de esta obra es eterna, sin paralelo. “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados... con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”, Heb. 10:12, 14. Cantaremos a Cristo: “Digno eres de tomar el libro... porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”, Ap. 5:9.

El apóstol Pablo junta estas grandes verdades de Dt. 4 y Hch. 4 al escribir a Timoteo: “Hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”, 1 Tim. 2:5.

¡NO SE TE OLVIDE!

Acuérdate que fuiste siervo. Dt. 5:15

En Deuteronomio 5 se repiten los diez mandamientos escritos por Dios sobre las tablas de la ley que ya estudiamos en Éxodo 20. Al llegar al mandamiento número cuatro, notamos que se incluye algo aquí que no es mencionado en el segundo libro de Moisés. Cuando se le pide a Israel guardar el día de reposo, se les da las razones por las que deberían hacerlo.

La primera razón era porque Dios había creado el mundo en seis días y había descansado el séptimo día. Esto también lo leemos en Éxodo. Pero la segunda razón, es la que no aparece en aquél libro, y era que debían guardar el día de reposo, porque debían acordarse de que habían sido siervos en Egipto. Debían guardar el día de reposo para conmemorar el hecho de que Dios los había redimido “con mano fuerte y brazo extendido”.

Israel descansado el día de reposo al seguir el ejemplo de Dios y lo que hizo en la creación, nos habla del reposo que hemos encontrado por la obra que finalizó Cristo. Dios creó todo, y el día Sábado, pudo contemplar todas sus maravillas y disfrutarlas. Nosotros también podemos disfrutar el reposo que tenemos en Cristo en base a su gran obra de la salvación efectuada sobre la cruz.

Israel descansando el día de reposo al recordar el hecho de que habían sido siervos, debe hacernos pensar en lo que éramos antes de haber creído en el Señor, y en lo que ahora somos por su infinita gracia.

Los Israelitas eran esclavos de los egipcios. Nosotros éramos esclavos del pecado (Jn. 8:34); de la corrupción (2 Pe. 2:19); de las riquezas (Mt. 6:24); de la muerte (Rom. 8:2); y de la ley (Gál. 5:1). Nuestra condición era mucho peor que la de ellos. Si el rescate de Israel de Egipto fue impresionante, nada se compara con el rescate que el Señor realizó con nosotros. Así como con Israel, Dios quiere que nosotros tampoco nos olvidemos que en un tiempo fuimos siervos.

Ahora somos libres por medio de su Hijo. Al beber de la copa el día de mañana en el partimiento del pan, recordaremos la sangre del Señor que fue derramada para poder llevar esto a cabo. Una de las razones por las que él vino a este mundo fue para “pregonar libertad a los cautivos” (Lc. 4:18). El precio de nuestra libertad fue el derramamiento de su sangre. No había otra manera. Para Israel, la sangre derramada fue la de los corderos de la Pascua; en nuestro caso, tuvo que ser la sangre del bendito Hijo de Dios.

Jamás pudiésemos comprender lo mal que estábamos en nuestra vida de servidumbre antes de que conocimos a Jesús, pero la realidad es que tampoco podemos entender en el presente, la libertad que tenemos por medio de él. Él nos prometió que la verdad basada en él nos haría libres (Jn. 8:36). Y él nos ha dado “el espíritu de adopción, por el cual

clamamos: ¡Abba, Padre!" (Rom. 8:15) cuando antes vivíamos en "el espíritu de esclavitud".

Somos libres, pero no para vivir como queramos. Jesucristo derramó su sangre para rescatarnos de la esclavitud del pecado para hacernos: siervos de Dios (1 Pe. 2:16); de Cristo Jesús (Rom. 1:1); y de la justicia (Rom. 6:18).

Por lo tanto, nos olvidemos de que éramos siervos y lo que le costó a Cristo hacernos siervos de Dios.

EL TENTADO

No pondrás a prueba a Jehová tu Dios. Dt. 6:16

No comprendemos lo que habrá sido para el Señor estar en la presencia del diablo y ser tentado por él. Acababa de ser reconocido públicamente en su bautismo por Dios como su Hijo en quien él se agradaba. Apenas había comenzado su ministerio público para la gloria de su Padre. Ahora estaba solo en el desierto ayunando por cuarenta días, y es atacado por Satanás.

Claro está que no iba a pecar. Aún más, no podía pecar. Pero aún más, no podía ni ser tentado para pecar. Era imposible que entretuviera en su mente ni por un segundo ni la más remota posibilidad de pecar. Fue tentado de tres maneras distintas, pero en cada ocasión, su perfección brilló. Damos gracias a Dios que el que dio su vida por nosotros “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Heb. 4:15).

Llama la atención lo que hizo nuestro Salvador al ser acosado por el padre de la mentira. En cada ataque, se defendió con la palabra de Dios. Nos es de gran ejemplo al ser aquél que tomó el escudo de la fe con el que se apagan todos los dardos de fuego del maligno (Ef. 6:16). Para él, la palabra de su Padre era su escudo. También tomó la espada de dos filos (Heb. 4:12) que es la palabra de Dios (Ef. 6:17). Para él, la palabra de su Padre era su espada.

El diablo le tentó para que convirtiera piedras en pan, sabiendo que tenía hambre. El Señor inmediatamente le citó Deuteronomio 8:3 que dice: “La gente no vive solo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios”. El diablo le ofreció desde la cima de una montaña, todos los reinos del mundo y la gloria que había en ellos, si se postraba y lo adoraba; sabiendo que primero tenía que ir a la cruz. El Señor sin dudar, le citó Deuteronomio 6:13 que dice: “Adora a Jehová tu Dios y sírvele únicamente a él”.

En esta ocasión, nos queremos enfocar en la tentación cuando Satanás le dijo que si se lanzaba del punto más alto del templo, ángeles lo iban a rescatar. Pareciera que el Señor había estado leyendo el quinto libro de la ley de Moisés, porque le volvió a citar del libro de Deuteronomio. Le dijo las palabras en las que nos estamos enfocando en este escrito. “No pondrás a prueba a Jehová tu Dios” (Dt. 6:16).

Cristo nos es de ejemplo, no solo en cómo debemos reaccionar a la tentación utilizando la palabra de Dios, pero también nos hace ver la importancia de constantemente meditar en ella. El Hijo de Dios atesoraba grandemente las palabras de su Padre todos los días de su vida. Esto era algo que él hacía mañana tras mañana (Isa. 50:4). Él es el varón bendito del Salmo 1 que se deleita en la ley de Jehová día y noche. Tengamos nosotros esta misma costumbre de leer y meditar en las Escrituras, para que estemos listos, para cuando nos toque un día malo (Ef. 6:13) o para el día de los terribles embates de nuestro enemigo.

En la mente de Jesús era completamente imposible tentar a su Padre de esa manera. Tirarse del punto más alto del templo no tenía sentido. Era poner a prueba a su Dios. Él no

iba a cometer el pecado de Israel en el desierto, cuando tentaron a Dios, y fueron mordidos por las serpientes ardientes (1 Co. 10:9). Una y otra vez, el pueblo de Israel tentó a Dios (Éx. 17:7; Sal. 78:18, 56; 95:9; 106:14; Mal. 3:15; Heb. 3:9). Esto fue un gran pecado cometido por Israel ante Jehová y Jesucristo no podía cometer tal perversidad contra su Padre.

Cristo no iba a tentar o a poner a prueba el poder de su Padre, porque conocía exactamente lo infinito que es su poder. Entendía perfectamente que Dios manifiesta su poder, no para cumplir los caprichos egoístas de alguien, sino que siempre lo hace para su honra y gloria.

Adoremos a nuestro Señor, quien aunque fue tentado por el diablo, no tentó a su Padre, sino que siempre hizo lo que a él le agradaba.

VESTIDOS CON SU JUSTICIA

No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón.
Dt. 9:5

Éramos como Israel. En Ezequiel 16 leemos sobre la condición en la que estaban cuando el Señor los halló. Dios dijo de su pueblo que fueron como un bebé que es rechazado por sus padres al nacer y es tirado en el campo. Jehová pasó por donde estaban, y les dio vida, limpieza y hermosura. No tenían nada que podían ofrecerle a Dios. Los recogió y los hizo suyos, únicamente por su gracia, y no por algo bueno o llamativo en ellos. De la misma manera fue con nosotros.

Cuando Dios rescata a los que pertenecerán a su pueblo, no lo hace porque lo merecen al manifestar justicia o rectitud de corazón; sino por “el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:5). A veces podemos vanagloriarnos por lo que somos o por lo que tenemos, pero nunca se nos debe olvidar que todo es por su gracia infinita.

No tenemos nada con lo que podemos presentarnos ante Dios de manera agradable a él en base nuestras propias obras. Solo podemos encontrarnos en una condición y posición favorable delante de él por medio de nuestro Señor Jesucristo. Junto con Job podemos maravillarnos de que estamos vestidos de justicia (Job 29:14), únicamente porque Dios nos ha tenido infinita misericordia.

Hemos experimentado lo mismo que nuestro padre Abraham, quien creyó a Dios y le fue contado por justicia (Gn. 15:6). Un idólatra se vistió de la justicia de Dios. David entendía que no era por obras, sino que Dios atribuye justicia a cada individuo a través de la fe (Rom. 4:6). Un adúltero se vistió de la justicia de Dios. Pensemos también en el publicano del que habló Jesús. Extorsionaba y engañaba tanto a la gente, que en el templo, no podía sino bajar su mirada y golpearse el pecho. Este hombre le dijo a Dios: “Oh Dios, ten compasión de mí, porque soy un pecador” (Lc. 18:13). El Señor dijo que él se fue a su casa justificado (v.14). Un ladrón se vistió de la justicia de Dios.

Maravillosa la gracia de nuestro Dios que nos viste de su inmaculada justicia, cuando no lo merecemos y cuando estábamos tan manchados y contaminados por el pecado. Aquí es donde tenemos que tener claros en nuestras mentes que era absolutamente indispensable la perfección de nuestro Salvador.

La enseñanza de los primeros capítulos de la carta a los Romanos es que en base a la justicia de Jesucristo, hemos podido ser justificados. Somos justificados porque fue resucitado por nosotros (Rom. 4:25) y porque su sangre fue derramada (Rom. 5:9), pero también porque él es justo y perfecto.

Disfrutemos las ropas de justicia con las cuales el Señor nos ha vestido. ¡Son justas! ¡Son perfectamente limpias! Estamos en Cristo, y por lo tanto, Dios nos mira a través de su rectitud. Todo esto es en base a la persona y la obra de Cristo Jesús. Pero recuerde, no es por nuestra justicia ni por la

rectitud de nuestro corazón. Adoremos al Señor, porque todo esto es posible, solo por medio de él.

EL SUMO SACERDOTE SUPREMO

Allí murió Aarón, y allí fue sepultado, y en lugar suyo tubo el sacerdocio su hijo Eleazar. Dt. 10:6

Habría sido algo especial para los israelitas mirar al hombre que les representaba en la presencia del Señor. Seguramente se maravillaban de ver sus hermosas vestiduras y de ver a aquél quien tenía el privilegio de entrar al tabernáculo de Dios. Al verle se admiraban de que él era el único que podía entrar al lugar santísimo.

Pero no siempre todo era sobresaliente y extraordinario con ellos. Al ser hombres, le fallaban al pueblo y a Dios al pecar. ¿Qué habrá sido para los sacerdotes o para los del pueblo mirar al sumo sacerdote ofrecer un sacrificio por pecado cometido? También pasaban por la triste experiencia de recibir la noticia de que el sumo sacerdote había muerto. Quizás se llenarían de preocupación al pensar en cómo les serviría el siguiente sumo sacerdote.

Esto fue lo que sucedió con el primer sumo sacerdote que fue Aarón. Por causa del pecado cometido en Meriba, Aarón murió antes de que Israel tomara posesión de la tierra que fluye leche y miel. Subió el monte Hor y allí murió. Por más que procuró servirle a Dios y al pueblo fielmente, no fue perfecto. Como todo hombre, tenía sus defectos y sus fallas. Por más que tuvo el deseo de cumplir la voluntad de Dios y de enseñarle al pueblo la ley de Dios, tuvo que llegar el día

en el que terminó su sacerdocio al morir.

Meditamos en Cristo como nuestro gran sumo sacerdote; y como siempre, él los excede a todos. En cuanto al pecado, él nunca tuvo que ofrecer sacrificios a su favor, porque él es sin pecado. “Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” (Heb. 7:26). Podemos alabarle por el hecho de que nunca fallará en su servicio a Dios y a nosotros desde el cielo como nuestro representante. Es imposible que haga algo que lo descalifique. Tiene la habilidad de compadecerse de nosotros, porque fue tentado aquí en la tierra, pero sin contaminarse por el pecado (Heb. 4:15).

La historia nos dice que Israel tuvo unos 78 sumos sacerdotes, desde que construyó el templo de Salomón hasta que fue destruida la morada de Dios 70 años después del nacimiento de Jesucristo. Por causa de la muerte, Eleazar tomó el lugar de su padre Aarón, y así sucesivamente con cada uno de ellos.

En el caso de nuestro supremo sumo sacerdote, la muerte para él solo ocurrió una sola vez. Nosotros no tememos si tendremos a otro sumo sacerdote, porque el que tenemos ahora, Cristo Jesús, no morirá. Esto es completamente imposible que suceda. Él murió una sola vez y para siempre. En el cielo, el Hijo de Dios vive “según el poder una vida indestructible” (Heb. 7:16). El Espíritu Santo nos afirma esto a través de las palabras de Pablo a la iglesia en Roma cuando les escribió de Cristo: “sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él” (Rom. 6:9).

Gracias a Dios por el sumo sacerdote que intercede por nosotros. Nunca pecó, no nos fallará y nunca morirá. Podemos descansar en el hecho de que su sacerdocio es según el orden de Melquisedec y que él perdurará como pontífice a nuestro favor.

PAGÓ MI DEUDA Y SOY PERDONADO

Esta es la manera de la remisión: perdonará a su deudor. Dt. 15:2

Cuando una persona en Israel le hacía un empréstito o préstamo a alguien, al séptimo año debía hacerle remisión. ¡La deuda quedaba perdonada! ¡Completamente cancelada! Después de perdonarle, ya no podía exigirle pagar el préstamo, a menos de que fuera un extranjero.

Debían prestar el dinero y perdonar la deuda para ayudar a que no hubieran personas hundidas en la miseria. A la hora de que se le pidiera un préstamo, debían acceder, ya que Dios les había bendecido abundantemente.

En este capítulo 15 de Deuteronomio, la persona de Cristo fluye constantemente en su contenido. En los v.1-11 lo veremos perdonándonos la deuda de nuestros pecados. En los v.12-18 es el siervo perfecto de Jehová que se sujetó a él siempre, aún al ir a la cruz. En los v.19-23 Jesús es el sacrificio del de macho primogénito, ofrecido en holocausto, que tenía que ser sin defecto. En esta ocasión nos enfocaremos en la primera sección y meditaremos en Cristo como el que pagó nuestra deuda para el perdón de nuestros pecados.

Nuestro pecado era como una gran deuda que teníamos delante de Dios. Las consecuencias de no saldar esa cuenta

era terribles porque significaría sufrir para siempre en el lago de fuego. Nuestra deuda quedó liquidada únicamente por el pago que hizo Cristo a nuestro favor en la cruz. Él tuvo que derramar su sangre para que nuestras transgresiones fueran perdonadas (Ef. 1:7). En Israel el que hizo el préstamo, solo tenía que perdonar la deuda. Pero en nuestro caso, al que nosotros le debíamos, sufrió para cancelar la cuenta. El Señor sobre la cruz dijo: “Consumado es” (Jn. 19:30). Sobre la cruz pagó los pecados de todas las personas de todos los tiempos.

Cristo es nuestro séptimo año y él ha hecho con nosotros una perfecta remisión de nuestros pecados. Remisión es cuando alguien es librado de la obligación de pagar una deuda. En Hebreos 9:22 aprendemos que “sin derramamiento de sangre no se hace remisión”. Por su sangre somos libres de toda responsabilidad delante de Dios en cuanto a nuestras maldades.

Una vez perdonándole la deuda a alguien al ser el séptimo año, nadie en Israel podía obligar a una persona a pagarle lo que le debía. De una forma parecida a ello, Dios no nos pedirá saldar la deuda que teníamos con él, por la grandeza y perfección del sacrificio de su Hijo. El pago que hizo sobre el madero, ha cancelado completamente la deuda que teníamos con él.

En Israel, las deudas con los israelitas quedaban canceladas, pero no así con los que eran extranjeros. Ellos sí podían exigirles a ellos que liquidaran su deuda. No así con la obra suprema de Cristo Jesús. Su pago a favor del pecado de la humanidad, beneficia a absolutamente todos. No hace distinción de personas. El perdón no es en base a lo que él ve en nosotros, si no en lo que él realizó en el Golgota al

padecer por nuestras iniquidades.

Esta ley del perdón de deudas cada siete años que era para evitar que hubiesen mendigos en Israel, nos hace pensar en lo rico que somos por medio de él en un sentido espiritual. Él se empobreció para enriquecernos a nosotros (2 Co. 8:9) y bendecirnos con toda bendición espiritual (Ef. 1:3). Puede que tengamos muy poco en esta vida, pero si tenemos el perdón de nuestros pecados, lo tenemos todo.

Los Israelitas debían de actuar favorablemente hacia los demás por la forma tan benevolente en la que Dios les había tratado a ellos. La enseñanza bíblica es que si Cristo ha sido tan generoso en darnos un amplio perdón por nuestros pecados, nosotros deberíamos perdonar a los demás. Sigamos la instrucción del Señor por medio de Pablo su siervo: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef. 4:32).

Demos gracias a Dios por su Hijo por haber pagado nuestra deuda y por darnos el perdón de nuestros pecados.

EL PAN DE LA AFLICCIÓN

Comerás con ella pan sin levadura, pan de aflicción, porque aprisa saliste de tierra de Egipto. Dt. 16:3

En Éxodo 12 leemos sobre la primera Pascua que fue celebrada en Egipto la noche que fueron redimidos por Jehová. En Números 9 vemos que la Pascua era una fiesta que fue celebrada al peregrinar la nación de Dios por el desierto. Aquí en Deuteronomio 16 se define cómo sería celebrada la Pascua al ya estar Israel en la Tierra Prometida.

En este capítulo 16 del quinto libro de Moisés, se le volvió a enseñar a Israel, que debían llevar a cabo la Pascua y los Panes sin levadura. Debían comer la Pascua y después comenzaba una semana en la que comían panes sin levadura. Ambas fiestas anuales en Israel señalan muy claramente a nuestro Señor Jesús. Cristo es nuestra Pascua que ya fue sacrificada (1 Co. 5:7); y en los panes sin levadura, mostraremos distintas cosas que traen a nuestra mente en cuanto al bendito Hijo de Dios.

Los panes sin levadura comidos por los judíos a lo largo de una semana, representan:

1. La pureza de Cristo, porque eran sin levadura. En las Escrituras la levadura representa pecado o falsa doctrina.
2. La llenura de Cristo, porque los comían durante siete días,

y ese número representa algo que es completo o perfecto.

3. La satisfacción de Cristo, porque se saciaban durante esa semana con ese pan. Hablando del maná, Cristo dijo: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo” (Jn. 6:51) quien promete quitar nuestra hambre espiritual.

4. Los sufrimientos de Cristo y su cuerpo partido, porque habrán partido el pan como comúnmente comemos este alimento.

5. La resurrección de Cristo, porque el día que fue sepultado, se celebraba los panes sin levadura. Nuestro Salvador resucitó porque murió siendo sin pecado. Sufrió por nuestros pecados, no por los de él que nunca tuvo.

En el versículo señalado en la parte superior de este escrito, es donde encontramos la única vez en toda la Biblia, que los panes sin levadura son llamados: pan de aflicción. Son llamados de esa manera, porque Dios quería que siempre que comieran estos panes, se acordaran de cómo habían tenido que salir de Egipto aprisa. Los panes les harían recordar la aflicción de su vida en esclavitud y de la forma en la que tuvieron que salir para ser librados de ese yugo. Comer panes sin levadura no es agradable comerlos, y por eso Dios pidió que fuesen preparados de esta manera.

Veamos entonces en los panes sin levadura, la aflicción de Jesús y la aflicción nuestra.

El pan de la aflicción, nos hacen pensar en Cristo, el “varón de dolores y experimentado en quebranto” (Isa. 53:3). Él es aquél que sufrió grandes angustias por llevar las cargas de

otros y por sufrir rechazo por parte de muchas personas. A lo largo de su vida y durante su muerte, lo vemos sufriendo aflicciones de todo tipo y muy profundas. Cristo es el pan de la aflicción. Él sufrió eso para brindarnos a nosotros el gozo y la paz que no pudimos encontrar en el mundo. Desde que nos refugiamos en él, todo cambió.

Nosotros como los Israelitas, deberíamos constantemente recordar cómo era nuestra vida en la esclavitud al pecado (Jn. 8:34), a la vanidad (1 Pe. 1:18) y a la falsa religiosidad (Gál. 5:1). Era una vida de gran aflicción, hasta que conocimos al Señor, y él nos hizo verdaderamente libres. Desde entonces, ya no conocemos la aflicción que viene con una vida apartada de él. Él es nuestro gozo y nuestra satisfacción. En él lo tenemos todo. Jesús sufrió nuestras aflicciones, para poder invitarnos a ir a él, todos los que estamos trabajado y cargados, para darnos descanso (Mt. 11:28).

Le damos a Dios la gloria y la honra por su amado Hijo.

SIETE DESCRIPCIONES DE CRISTO COMO PROFETA

Jehová su Dios les levantará un profeta. Dt. 18:15

En el capítulo 13 Dios advierte a Israel sobre profetas falsos que se levantarían de entre ellos para inducir al pueblo a adorar a otros dioses. Aquí en el capítulo 18 también se instruye acerca de los falsos profetas, sobre cómo los identificarían y cómo los castigarían. Pero en los v.15-19 se profetiza la venida de Cristo como el Profeta de Dios, que le serviría a él de esta manera

¿Cómo sabemos que esta es una profecía sobre Jesucristo? Por que cuando Pedro predicó en el templo después de que sanó al paralítico; al hablar de Jesús, él confirmó que las palabras de Moisés en Deuteronomio 18 se cumplieron en el Hijo de Dios (Hch. 3:21-23). Esteban también menciona esta profecía en el discurso que dio antes de ser martirizado (Hch. 7:37).

Cristo era el Profeta que esperaban los Hebreos (Jn. 1:21). Cuando la gente vio una señal milagrosa suya, dijeron: “¡No hay duda de que es el Profeta que esperábamos!” (Jn. 6:14). Al escuchar sus palabras, dijeron: “Seguramente este hombre es el Profeta que estábamos esperando” (Jn. 7:40). El ciego que fue sanado por Cristo, dijo: “Creo que debe de ser un profeta” (Jn. 9:17). Los discípulos que caminaron con el

Señor hacia Emaús, sin saber que era él, le dijeron acerca de él: “Era un profeta que hizo milagros poderosos” (Lc. 24:19).

En Deuteronomio 18:15-19 hay siete cosas que se afirman 1,500 años antes de la venida del Cristo de Dios sobre cómo se desempeñaría como profeta de Dios. Veremos que cada una de ellas se cumplieron con exactitud.

Las siete descripciones de Cristo como Profeta son las siguientes:

1. Sería levantado de entre el pecado de Israel

No sería un Profeta que nacería siendo gentil, sino que sería judío. Nuestro Señor nació siendo israelita (Rom. 9:5) de la tribu de Judá (Heb. 7:14). La mujer samaritana lo consideraba como siendo judío (Jn. 4:9) y Cristo se consideraba de esa misma nación (Jn. 4:22). Triste pensar que la mayoría de los judíos no oyeron al Profeta de Dios a pesar de que nació en la misma nación que ellos.

2. Sería como Moisés

Moisés fue el mediador de Israel al interceder por ellos ante Dios. Por lo tanto, tuvo una cercanía y una comunión con Dios que nadie más tuvo en el pueblo. No podemos olvidar que por la gracia de Dios, él también fue el gran libertador de Israel. Cristo excede a Moisés en estos tres aspectos, pero en esta manera se asemeja a él para cumplir esta profecía. Cristo es nuestro gran Mediador, nadie tendrá la misma cercanía y comunión que él tuvo con su

Padre y él es nuestro gran Libertador.

3. Sería levantado por Dios

No sería señalado como Profeta por sí mismo o por el hombre, sino por Dios mismo. Constantemente el Señor afirmó que fue su Padre que lo había enviado a la tierra para las personas creyeran en él. Jesús dijo: “No estoy aquí por mi propia cuenta, sino que él me envió” (Jn. 8:42). Dios ha escogido que sea a través de su Hijo que él nos hable (Heb. 1:1). Claramente fue levantado por Dios como Profeta.

4. Sería escuchado

Es fundamental que un profeta sea escuchado. Su función es comunicar revelación de Dios, pero únicamente cumpliría su propósito, si era escuchado. Este era el deseo de Dios para con su Hijo como Profeta. Al transfigurar su gloria, Dios dijo de su Hijo: “Este es mi Hijo muy amado, quien me da gran gozo. Escúchenlo a él” (Mt. 17:5). Él quería que lo escucharan y así fue, aunque hubieron muchos que no le escucharon.

5. La palabra de Dios estaría en su boca

Este supremo Profeta no hablaría por su cuenta, sino comunicaría a los hombres todo lo que su Padre le revelaría. Esto lo confirmó cuando dijo: “Mi mensaje no es mío sino que proviene de Dios, quien me envió” (Jn. 7:16). Antes de ir a la cruz, le oró a su Dios: “Ellos aceptaron el mensaje y saben que proviene de ti y han creído que tú me enviaste” (Jn. 17:8). No era porque no tenía autoridad,

sino porque quería mostrar plena dependencia en su Dios en todo lo que hacía, incluyendo las cosas que hablaba.

6. Hablaría todo lo que Dios le mandaría

Otra vez se enfatiza la sujeción de este Profeta a Dios al decir todo lo que mandaba su Padre. No importaba cuánto le haría ser rechazado o sufrir, el Hijo de Dios siempre habló conforme a la voluntad de su Padre. Buscó oírlo mañana tras mañana para saber cómo hablar (Isa. 50:4, 5).

7. Se castigaría a los que no le escucharan

La palabra de este Profeta es tan importante, que se advierte que habrá castigo para todos aquellos que no le escuchan. En el Apocalipsis vemos una metáfora de la autoridad de su palabra. Juan cuando vio a Jesús vio que de su boca salía una espada aguda de dos filos (Ap. 1:16). Aquellos que no acepten su palabra, serán castigados, y tendrán que cerrar ante él la boca (Isa. 52:15). Nosotros que hemos creído en él, amamos su palabra y buscamos obedecerla para su eterna gloria.

Gracias a Dios por su Hijo, el Profeta que él levantó y que siempre habló su palabra sin engaño y hipocresía. Él es todo lo opuesto a los falsos profetas. Al ser hallados como engañadores y mentirosos, tenían que ser matados. Nuestro Señor fue el Profeta que nunca deshonoró a su Dios, y aún así él murió, no por engañar, sino por hablar la verdad y por querer pagar nuestros pecados.

La gloria sea siempre solo para él.

EL JUICIO MÁS CORRUPTO

Vendrás a los sacerdotes levitas, y al juez... y ellos te enseñarán la sentencia del juicio. Dt. 17:9

Las autoridades judías tenían la responsabilidad delante de Dios de juzgar justamente todo caso en Israel. A la hora de juzgar al Justo y al Santo, fallaron terriblemente. Fue un proceso lleno de irregularidades e ilegalidades.

En el 2013 un abogado de Kenia demandó a Israel y a Italia por haberle dado a Jesucristo un juicio ilegal hace 2,000 años. No debió haber hecho tal cosa, porque lo que el Señor padeció en ese juicio tenía que cumplirse. Pero aún así es asombroso considerar el proceso tan nefasto que le dieron a él antes de su muerte en la cruz.

El profeta Isaías había predicho 700 años antes del nacimiento del Mesías que él sería juzgado y encarcelado (Isa. 53:8). A pesar de todo lo que sufriría, el mismo profeta en ese mismo capítulo, anticipó que el Señor durante ese juicio, sería como una oveja muda mientras era trasquilada y como un cordero mudo al ser llevado al matadero.

Antes de observar el juicio, pensemos en lo que Cristo Jesús habrá sentido cuando hombres enviados por los principales sacerdotes y los ancianos se presentaron al Getsemaní para arrestarle. Lo hicieron con espadas y con palos como si fuera alguien peligroso o como si era alguien que iba a resistirse.

Le prendieron como si iba a querer escaparse. No había necesidad de ello porque él entregaría su cuerpo a sus heridores.

Todo indica que el Señor estuvo preso desde que fue arrestado en el huerto hasta que inició su juicio la mañana siguiente. ¿Cómo habrá sido para el eterno Hijo de Dios, quien había venido para dar libertad a los cautivos, encontrarse en una celda? Su juicio se conformó de seis partes. En las primeras tres, compareció ante autoridades judías; y en las últimas tres, fue presentado ante autoridades romanas.

Primero fue llevado con el sumo sacerdote Anás. Él no era el sumo sacerdote en turno. Todo inició con una flagrante injusticia. Lo llevaron ante él porque era el suegro de Caifás, quien sí era el sumo sacerdote de Israel aquel año. La autoridad judía mostró nepotismo, al darle cabida a alguien que no debía estar involucrado, simplemente por ser familiar. Obviamente Anás era el que gobernaba detrás de la escena y era él quien manipulaba a Caifás. Triste pensar que hombres corruptos negociaron en secreto cómo se manejaría el juicio del bendito Hijo de Dios. Durante la interrogación que Anás le hizo a Jesús; a uno de los alguaciles no le pareció lo que dijo Cristo, y le dio una bofetada. Durante su juicio ante Anás, Cristo sabía que Pedro estaba afuera en el patio y que comenzaba a negarle. ¡Qué amargura habrá sentido en su alma! Los suyos le habían abandonado y ahora el que estaba cerca de él le estaba negando.

Anás envió a Cristo atado a su yerno Caifás. Él junto con los principales sacerdotes, ancianos y todo el concilio, intentaron presentar varias personas para que testificaran

falsamente en su contra. Por fin, encontraron a dos que pudieran presentar acusaciones creíbles, pero que eran viles mentiras. ¿Cómo se ha sentido usted cuando alguien le acusa falsamente de algo? ¿Qué habrá sido para aquél que es la Verdad ser calumniado de esa manera? Al hacerle preguntas y al escuchar sus respuestas, lo acusó de ser blasfemo. ¿Jesús blasfemando a su Padre? ¡Imposible! Él amaba a su Padre. Esto lo tomaron los presentes como suficiente evidencia de que era un reo que debía morir. Después de dar su dictamen, escupieron su rostro, le abofetearon y le dieron de puñetazos. Le vendaron sus ojos y se burlaron de él como si fuera un falso profeta, y le pidieron que profetizara quién le había golpeado. Él era el mayor de todos los profetas levantados por Dios en Israel (Dt. 18:18). Este Profeta podía haberles dicho, no solo quien le había golpeado, pero también pudo haberles detallado todo acerca de la vida de esa persona. Pero él escogió no hacer nada, sino sufrir en silencio. Estaba poniendo en práctica lo que había predicado. “Cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mt. 5:39). Por si no fuera suficiente, aquí fue donde Pedro negó al Señor la tercera vez y cuando se oyó el canto del gallo.

Caifás lo envió con el Sanhedrin que era el consejo supremo de los judíos. Eran hombres que conocían la ley de Dios a la perfección, pero que en su afán de actuar torcidamente, entregaron a Cristo a Pilato, quien era el gobernador.

Irónicamente fue él, un hombre gentil, quien quiso tratar el juicio de Cristo con un cierto grado de justicia. Después de escucharle hablar, llegó a la conclusión que no podía hallar en él un solo delito. ¡Así de puro es nuestro Señor! Pero los líderes de la nación de Israel le presionaban vehemente que

tenían que ponerlo a muerte.

Pilato buscó deslindarse de la situación y buscó cualquier excusa para enviarlo con alguien más. Cuando supo que Cristo era galileo, lo envió con Herodes porque era de su jurisdicción. Él le hizo varias preguntas pero Cristo no respondió. Solo le interesaba ver un milagro para ver si era cierto lo que decía la gente de él. Los soldados de Herodes le menospreciaron, escarnecieron y le vistieron con ropa de color púrpura. Lo hicieron para burlarse de él porque decía ser el Rey. No decía serlo, verdaderamente lo era. Cuántas burlas recibió el Señor a lo largo de su juicio. Con razón diría: “La burla ha roto mi corazón”. Herodes envió a Cristo de regreso con Pilato.

El gobernador se vio con la presión de ser el que iba a tomar la última decisión. Podía ver que Israel estaba en contra de Cristo, y le chantajearon al decirle que si no hacía lo que ellos querían, no iba a quedar bien con el Cesar. Pensó que quizás la forma de verle salir libre sería con cumplir con la tradición de soltar a un reo durante la Pascua. Mandaron a traer a un reo con un historial lleno de crímenes llamado Barrabas. Pilato estaba seguro de que escogerían a Cristo para ser soltado. A su sorpresa, la multitud pidió la libertad de Barrabás. No podría describirle la angustia que habrá sentido nuestro Salvador al escuchar la respuesta de la multitud. El perverso quedó libre y el Inocente quedó preso.

Fue durante el juicio de Pilato que le desnudaron frente a cientos de soldados presentes. No nos acostumbremos a leer estas cosas. Piense en lo que habrá sido para él ser desvestido frente a hombres con mentes y bocas perversas. Le pusieron ropas de púrpura, le colocaron

una corona de espinas sobre su cabeza, le pusieron una caña en su mano y se postraban ante él para mofarse. Nuestros corazones se conmueven de cada cosa que el Señor padeció. Leemos sobre esto y queremos adorarlo y darle todo lo que somos. Pero no terminaron allí. Tomaron la caña y golpearon su cabeza, provocando que las espinas se hundieran en su sien y que su cabeza sintiera los dolores severos de esas contusiones. En algún punto del juicio de Pilato, el Señor fue azotado. La Biblia solo dice: “Tomó Pilato a Jesús, y le azotó” (Jn. 19:1). Jamás podremos comprender lo que esto significó para su cuerpo. Lo único que puedo decirle es que el maltrato fue a tal grado que Cristo podía contar sus huesos (Sal. 22:17).

Pilato presentó a Cristo delante de la multitud para que fueran ellos los que decidieran qué le iba a suceder al Hijo de Dios. El juicio de Cristo aquella mañana terminó con voces resonando en sus oídos: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”. Le estaban sentenciado a la peor muerte posible.

Ciertamente fue y por siempre será el juicio más corrupto que jamás se ha llevado a cabo.

No podemos sino en silencio maravillarnos del carácter de Jesús, y de su amor por nosotros, al estar dispuesto a experimentar todo esto por querer morir en nuestro lugar. Toda alabanza sea solamente para él por los siglos de los siglos.

LA BECERRA EN EL VALLE ESCABROSO

La sangre les será perdonada. Dt. 21:8

Cuando una persona era encontrada muerta en Israel, y no se sabía quien había cometido el crimen, los ancianos tenían que salir a medir para ver cual era la ciudad más cercana a la ubicación del difunto.

Esta es una clara figura de la escena de la crucifixión del Hijo de Dios. Aunque sí se supo quienes fueron los responsables, todo se llevó a cabo tan corruptamente, que nunca se supo quienes fueron los culpables de su muerte ante la sociedad judía. Jesús fue como esa persona matada y dejada en el campo. El hombre buscó deslindarse de la responsabilidad que tenían en cuanto a su muerte.

Esto no podía acontecer. Dios es en su justicia y santidad, exige que el hombre se responsabiliza por sus actos. Usó a Pedro para redargüir sus conciencias cuando predicó su palabra poco tiempo después de la muerte de Cristo. Les señaló a ellos como los responsables de prender y matar a Jesús (Hch. 2:23). Les acusó de haber entregado, negado y matado al Autor de la Vida (Hch. 3:13-15). Les hizo claro que ellos habían sido los culpables de haber crucificado al Hijo de Dios (Hch. 4:10).

En la muerte de Cristo, hubo culpa en los líderes religiosos, la multitud, Judás, el imperio romano. Pero no solo ellos,

sino todos nosotros también. Bien sabemos que fue nuestra perversión que llevó a Cristo a esa cruz para ser herido por Dios.

Los ancianos de esa ciudad tenían que tomar una becerra que no había trabajado y que no había llevado yugo; y llevarla a un valle escabroso, que no había sido arado ni sembrado. Allí quebrarían su cerviz.

La becerra siendo hembra, resalta las emociones y la sujeción de nuestro Salvador. Adoramos a aquél que experimentó tristeza, aflicción y asombro. Mañana haremos memoria del que fue obediente a su Padre en cada momento de su vida aquí en la tierra.

El hecho de que la becerra tenía que ser un animal que no había sido usada para arar y que no había llevado yugo, nos hace meditar en el carácter de Jesús. Él jamás se sujetó a la voluntad del hombre (Jn. 6:15) y era imposible que se sujetara al yugo de la esclavitud del pecado (Jn. 8:34).

El hecho de que la becerra tenía que ser llevada a un valle escabroso o lleno de rocas, donde no se había arado o sembrado, habla de la vida que tuvo Cristo al venir a esta tierra. Fue una vida de humillación, dolor y rechazo. El valle es usado por David para describir la muerte en el Salmo 23. Pensamos en Cristo, quien fue como aquella becerra siendo bajada a ese valle lleno de rocas, cuando lo llevaron a la cruz para sufrir la peor muerte posible. La cerviz de la becerra siendo quebrado, no puede sino hacernos pensar en Jesús entregando su vida sobre el madero.

La becerra moría para pagar por la culpa de la persona que había cometido el homicidio. Aunque no se sabía quien era el culpable, la justicia de Dios tenía que satisfacerse, y esto se conseguía mediante la muerte de este animal. La becerra era inocente pero tenía que dar su vida para cubrir el pecado de toda la ciudad por tener a un habitante que había cometido un crimen. Cristo fue el Justo que dio su vida por los injustos (1 Pe. 3:18). Aquél que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado (2 Co. 5:21). A pesar de que sus enemigos reconocieron su inocencia; como lo hizo Pilato, su esposa, Judas y el ladrón, él fue condenado a muerte.

Los ancianos después lavaban sus manos sobre la becerra y confesaban que no habían derramado sangre y que no habían visto quien lo había hecho. Pedían perdón para no ser culpados de sangre inocente a su pueblo.

Al lavar sus manos sobre la becerra, no podemos sino pensar en la actitud de Pilato. Él se lavó las manos al no querer hacerse responsable de ir en contra de lo que pedía la multitud en cuanto a la crucifixión de Jesús. La actitud de Pilato fue lo que mostraron los demás que estuvieron involucrados en su muerte. De una u otra manera se trataron de justificar, pero no pudieron, porque Dios veía sus manos bañadas en la sangre de su precioso Hijo.

Dios le aseguraba que la sangre les era perdonada y que quitarían su culpa de la sangre inocente en medio de ellos al hacer lo recto delante de Dios.

Nosotros podemos llegar a la mesa del Señor para tomar de la copa y para comer del pan, perdonados de todos nuestros pecados. Esto se debe únicamente a la vida perfecta de

Cristo, a su vida entregada sobre la cruz al morir por nosotros y su sangre derramada para limpiarnos de nuestra maldad.

EL JUSTO SUFRE LA MALDICIÓN

Maldito por Dios es el colgado. Dt. 21:23

“¡Maldito!”, se escuchaba decir a los ancianos de Israel sobre alguien que había cometido un crimen. Se escuchaba la sentencia: “¡Mátenlo y cuelguen su cuerpo sobre un madero!”. Al morir, su cuerpo era elevado sobre un madero, pero bajado al anochecer para que el cadáver no contaminara la tierra.

Cada persona tenía que llevar su pecado. Tenía que sufrir ser maldecido por Dios por lo que había cometido, para que la justicia de Dios fuera apaciguada. Eran levantados sobre un madero a la vista de todos para que el resto de la congregación de Israel temiera y no pecara. Su pecado era tan detestable que, tanto la persona como el pecado, tenían que ser juzgados removidos de entre ellos.

La ley imponía siempre una maldición sobre los transgresores. Si alguien elaboraba una imagen, la ley lo condenaba como maldito. Si alguien era un hijo desobediente y contumaz, la ley lo condenaba como maldito. La ley, lejos de salvar al hombre, lo único que hace es condenarlo.

Hasta aquí, todo esto es entendible. La justicia de Dios tenía que ser satisfecha al cometerse pecado en Israel. Lo que nos asombra es llegar al Nuevo Testamento y leer lo que Pablo le

enseña a los gálatas sobre la doctrina de la justificación. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gál. 3:13).

En la misericordia Dios y con el deseo que tenía de hacernos justos, nosotros pecamos, pero no nos dio muerte inmediata, como sí ocurría bajo la ley. Envío a su Hijo para que sobre un madero, él fuera hecho maldición, y así la maldición de la ley fuese removida sobre nosotros. Dios debió haber dicho también de nosotros: “¡Malditos!”; pero por su gracia y por nuestra fe en Cristo, él ha declarado de nosotros: “¡Justos!”. Tal gracia no podemos calcular, pero sí nos lleva a humillarnos delante de él y adorarle.

Cristo bien sabía que al ser clavado al madero, los judíos tendrían en mente la ley, y que lo considerarían a él como alguien que era maldecido por Dios por algún crimen cometido. Esto habrá acentuado aún más la vergüenza que ya estaba sintiendo.

Él no fue como ese hijo rebelde y contumaz que era colgado muerto sobre un madero. Fue el Hijo más sumiso y el Hijo que más ha agradado a un Padre. Pero en su justicia perfecta, él sabía que llevando nuestra maldición sobre la cruz, era la única manera para satisfacer las demandas de la justicia de su Padre, para que nosotros fuésemos declarados justos.

Los criminales israelitas eran matados y después colgados sobre el madero. En el caso de Jesús, él sufrió y murió sobre ese objeto que simbolizaba la maldición de Dios. Bajo la ley, los cuerpos sobre los maderos tenían que ser bajados, para

no seguir contaminando a Israel y la tierra que Dios les había heredado. En el caso de nuestro Salvador, su cuerpo colgado sobre un madero, trajo perfecta justicia a esta tierra. Al morir, el suelo tembló, porque la creación de Dios estaba reconociendo que la maldición que había sobre todo, había sido rota y desecha.

No podemos escribir sobre lo que habrá sido en sí para Cristo ser hecho maldición, porque son cosas demasiado sagradas para comprender. Lo que sabemos es que por tres horas en las tinieblas fue expuesto al terrible juicio de Dios, y que por medio de esto, nosotros hemos recibido la justicia perfecta de Jesús.

Adoremos al que fue hecho un poco menor que los ángeles (Heb. 2:7). Alabemos al Verbo que fue hecho carne (Jn. 1:14). Exaltemos al que fue hecho pecado por nosotros (2 Co. 5:21). Hagamos memoria del que fue hecho maldición para que fuésemos justificados (Gál. 3:13).

LA TERNURA DEL SEÑOR HACIA LOS ANIMALES

Si vieres el asno de tu hermano, o su buey, caído en el camino, no te apartarás de él; le ayudarás a levantarlo. Dt. 22:4

El Creador del reino animal siempre les muestra gentileza y docilidad. El hecho de que las Escrituras usen animales para representar a Jesús, como lo son el cordero, la gallina, la serpiente y el león, muestra su humildad; pero también su aprecio hacia su propia creación. La ley de Moisés exigía que si alguien veía al animal de su prójimo que había caído en un pozo, tenía la responsabilidad de ayudarlo a salir. Cristo es el mejor reflejo de lo que dijo el sabio Salomón. “El justo cuida la vida de su bestia; mas el corazón de los impíos es cruel” (Pr. 12:10). No hay ave que caiga sobre la tierra de la cual Dios no se entere (Mt. 10:29). El Señor constantemente utilizaba a los animales como ejemplos en sus parábolas y prédicas.

La ley sobre el animal caído en un pozo, fue usada contra Jesús para tentarle (Lc. 14:1-6). En un día de reposo había ido a comer a casa de un gobernante que era fariseo. Los que estaban allí, le acechaban. La palabra en hebreo muestra que realmente le estaban espionando. Más adelante, en otra ocasión, irían otros espías para escuchar lo que Cristo decía para así poder entregarle a las autoridades (Lc. 20:20). No

había ni una sola falta que cualquier espía podía encontrar en el Hijo de Dios. Al comer mañana del pan, podemos maravillarnos de la perfección de nuestro Señor. No había ni un pecado en su ser.

En casa del gobernante lo miraban porque estaba allí presente un hombre hidrópico o que tenía acumulación de líquido en su vientre. Al saber Cristo lo que pensaban, él les preguntó si sería lícito para él sanar a ese hombre, considerando el hecho que era día de reposo. Al no responder nada, Jesús en su misericordia lo sanó y los despidió. Antes de que se fueran, les dijo: “¿Quién de ustedes, si su asno o su buey cae en algún pozo, no lo sacará inmediatamente, aunque sea en día de reposo?” A esto tampoco podían replicarle. Vemos la ternura del Señor, porque aunque los fariseos no estaban de acuerdo que se sacara a un animal de un pozo ni que se sanara a un enfermo un día de reposo, él haría ambas cosas sin ninguna duda. Él es el amante de todas las cosas que él mismo creó para su eterna gloria.

Lo mismo ocurrió cuando Jesús estuvo en una sinagoga. En esa ocasión fue un hombre con la mano seca quien estuvo presente. Al preguntarle los que estaban presentes si sería lícito sanarlo, él respondió haciendo la misma pregunta sobre que harían si un animal se caía en un hoyo. En esta ocasión también preguntó: “¿cuánto más vale un hombre que una oveja?”. En otras palabras, si es lícito rescatar a un animal, ¿cuánto más sería lo correcto sanar a una persona el día de reposo? Si el Señor mostró tanta delicadeza a los animales, ¿cuánto más lo mostró a las personas?

Es tan manso que él se puso de ejemplo, y con mucha razón,

sobre como debemos aprender de su mansedumbre (Mt. 11:28). Pablo podía rogarle a los corintios “por la mansedumbre y ternura de Cristo” (2 Co. 10:1). Zacarías profetizó que el Rey de Israel sería manso al entrar a Jerusalén montando sobre un pollino (Zac. 9:9; Mt. 21:5). El profeta Isaías, predijo que no gritaría, no alzaría su voz y no quebraría la caña lastimada ni apagaría la mecha que está por apagarse (Isa. 42:2, 3). El mismo que trata de forma delicada a los animales, es el que nos trata a nosotros aún con más delicadeza y ternura. No deja que nos quebreemos por completo o que nuestra mecha se termine de apagar. Hace todo lo posible para que suceda todo lo contrario en nosotros.

Con todas nuestras faltas, aunque él no las tolera, él es tierno y compasivo con nosotros. Es muy importante que nos examinemos antes de participar del partimiento del pan. La enseñanza en 1 Corintios 11 es que lo hagamos para que los elementos, el pan y la copa, no sean de juicio a nosotros, sino de bendición. La grandiosa verdad es que si confesamos nuestros pecados, “él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados” (1 Jn. 1:9). En su mansedumbre, él nos limpia y nos restaura. Gracias a Dios por la ternura de su Hijo en su forma de tratar a los animales y de tratarnos a nosotros.

LOS ANCIANOS QUE HABLARON EN CONTRA DEL SANTO

Los ancianos de la ciudad, en la puerta. Dt. 22:15

Cada ciudad en Israel tenía ancianos que se sentaban a la puerta para juzgar todo tipo de casos legales. Elegían varones que mostraban ser sabios, imparciales y aptos para ser líderes entre el pueblo de Dios.

Eran personas de mucha importancia porque tenían que aplicar la justicia de Dios en medio de su pueblo. Al leer las Escrituras hebreas, aprendemos que entregaban al homicida en manos del vengador que no podía morar en una de las ciudades de refugio (Dt. 19:12). Ellos recibían a los hijos rebeldes y contumaces que eran presentados por sus padres a la puerta de su ciudad que serían apedreados (Dt. 21:19). En esa misma ubicación, trataban asuntos sobre dificultades que se suscitaban en un matrimonio (Dt. 22:15). Personas entrando o saliendo de la ciudad, verían a los ancianos aplicando la ley del levirato, y en algunos casos, a la mujer quitándole el calzado y escupiendo sobre el rostro del varón que no quiso casarse con ella (Dt. 25:7). Habían muchos otros tipos de asuntos en los que tenían que juzgar a la puerta de la ciudad.

Cuando consideramos a los ancianos en relación a la experiencia de Jesús, vemos que no aplicaron justicia. Fue todo lo contrario. Durante la vida y la muerte de nuestro Salvador, los ancianos le juzgaron injustamente.

Le cuestionaron sobre la autoridad bajo la cual él actuaba (Mt. 21:23). Junto con los principales sacerdotes y los escribas, conspiraron sobre lo que debían hacer con el Mesías (Mt. 26:3). También estuvieron involucrados en el arresto de nuestro Amado al estar orando en el huerto (Mt. 26:47). Estuvieron muy atentos al juicio del Hijo de Dios haciendo todo lo posible para que el Justo fuese hallado culpable (Mt. 26:57, 59; 27:1). Al haber sido sepultado el Señor Jesucristo, los ancianos sobornaron a los soldados romanos para que mintieran y dijeran que los discípulos se habían llevado el cuerpo de nuestro Salvador (Mt. 28:12, 13).

¿Cómo es posible que los ancianos pudiesen actuar de esta manera?

¿No que estaban para juzgar rectamente en representación de Dios?

¿Cómo es posible que pudieran conducirse tan corruptamente, especialmente cuando se trataba de Dios encarnado?

Pero eso no fue todo lo que hicieron con Jesús. En el Salmo 69, David profetizó: “Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta, y me zaherían en sus canciones los bebedores” (v.12). Ya vimos que eran los ancianos que sentaban a las puertas de las ciudades para juzgar. ¿Qué habrá sido para el Señor, mientras que se dirigía al Gólgota cargando su cruz, saber que los ancianos hablaban en su contra y los borrachos se burlaban de él al cantar? En el día de su crucifixión, fue rechazado por los más respetables y por los más detestables de la sociedad judía.

Los ancianos que debieron haber abogado por él, más bien contribuyeron a que se llevara a cabo el juicio y la ejecución más injusta en la historia de la humanidad.

Al congregarnos mañana primer día de la semana, alabemos al que sufrió todo tipo de humillaciones, específicamente de parte de los ancianos sentados a la puerta de Jerusalén.

¡La honra eterna sea solo para él!

LA GRACIA DE DIOS HACIA RUT

No entrará amonita ni moabita en la congregación de Jehová. Dt. 23:3

No hay nada que pueda igualarse a la gracia de Dios. Rescata al hombre y a la mujer sin importar la condición en la que esté y lo enriquece de todo tipo de bendiciones espirituales. No merece ninguna de ellas, pero así es la gracia de Dios. Nos da lo que no merecemos tener y nos hace ser lo que no merecemos ser. Ese es el Dios al que adoramos.

Esto lo vemos con la historia de Rut. El hecho de que era de Moab, hace que sobresalgan dos cosas sobre su persona. Era gentil y era idólatra. La ley de Jehová prohibía que una persona así pudiese unirse a la congregación de Israel. No olvidemos que los moabitas habían descendido de una relación ilícita de incesto entre Lot y una de sus hijas. Alguien pudiera pensar que alguien como Rut no tenía ninguna oportunidad de conocer al Dios de Israel. Pero no hay nadie como él. No es como los otros dioses o como nosotros. Él es el Dios de toda gracia y él intervino en la vida de una joven moabita para que se convirtiera a él.

La gracia de Dios en la vida de Rut la podemos ver al permitir que ella lo conociera por medio del esposo con el que se casó. Después de la muerte de su esposo, Rut decidió irse a Israel con su suegra y reconocer a Jehová como su

Dios. Deseó dejar atrás a los ídolos de sus padres para creer en el Creador de los cielos y de la tierra. Le dijo a su suegra que el Dios de ella sería ahora su Dios.

La historia de Rut y su conversión debe hacernos recordar nuestra historia de gracia. Es provechoso recordar las formas en las que Dios obró para podernos rescatar. Éramos como Rut, gentiles y perdidos en el pecado. Todo esto hasta que nos alcanzó la maravillosa gracia de Dios. Nuestro pecado abundaba, pero más abundó su gracia.

Al llegar Rut a Israel, también vemos la misericordia de Dios en su vida. Al no tener esposo, y al estar a cargo de su suegra, ella necesitaba trabajo. Noemí la envió a unos campos. Al ir a trabajar allí, Booz el dueño se compadeció de ella y le permitió espigar en sus campos. A pesar de ser extranjera, Booz tuvo gracia de ella y le dio trabajo. Ella quedó tan abrumada que le preguntó: “¿Por qué he hallado gracia en tus ojos para que me reconozcas, siendo yo extranjera?”

Lo mismo nos podemos preguntar nosotros. ¿Por qué tuvo el Señor gracia de nosotros? ¿Había algo digno que él vio en nosotros? La realidad es que no. Un día le preguntaremos al Señor: ¿Por qué he hallado gracia en tus ojos? Debemos vivir siempre adorando a Dios en nuestro espíritu por la gracia que él nos ha tenido.

Noemí se asombró de que ella haya podido trabajar para Booz porque resultó ser su familiar, y por lo tanto, había la posibilidad de que la redimiera. ¿Iba a Booz querer redimir a una moabita? Rut le pidió que lo hiciera, él aceptó, pero primero tenían que ver que haría el pariente más cercano. Él

terminó rechazando la opción de redimir a Rut. No le convenía. Lo más probable era que fue por la nacionalidad de Rut. Al no querer redimirla, Booz sí la redimió y se casó con ella.

¡Qué historia tan hermosa! Un hombre judío que mostró ser alguien piadoso y trabajador, deseó casarse con Rut, una mujer moabita. ¡Esa es nuestra historia! Pero la nuestra es infinitamente más sobresaliente. El Hijo de Dios, puro y perfecto, vino desde el cielo a este mundo de maldad, para sufrir sobre un madero para así comprarnos. ¿Cómo pudiera haber una historia de gracia mejor que esa? No la hay y no la habrá.

Pero la historia de Rut no termina ahí. No solamente pasó de ser moabita a Israelita. No solamente pasó de ser idolatra a adorar al Dios verdadero. No solamente tuvo el honor de ser redimida por alguien como Booz. Ella también se convirtió en parte de la descendencia más importante de todas las familias. De su hijo Obed llegaría a nacer David el que sería el rey de Israel y al que se le prometería el trono eterno. ¡Increíble! Pero no es todo. Rut se convertiría también en parte de la descendencia del Salvador del mundo. ¡No hay palabras! Dios en su gracia permitió que Rut fuese parte de la historia de la redención del mundo.

Aunque la ley de Dios prohibiera que los moabitas se unieran a la congregación de Israel, Rut sí pudo hacerlo, solo por gracia divina. Adoremos al Señor por la inmensa gracia que él nos ha mostrado a nosotros.

EL CRISTO AZOTADO

El juez le hará echar en tierra, y le hará azotar en su presencia; según su delito será el número de azotes.

Dt. 25:2

Los delincuentes en Israel podían llegar a cometer un crimen que merecía ser castigado con azotes. Si este era el caso, la persona era echada sobre la tierra y en presencia del juez era azotado. Dependiendo el delito que se cometía, eso determinaba el número de azotes que recibía. El máximo de azotes que podían ser infligidos sobre una persona eran cuarenta. Era una forma dolorosa de ser castigado, pero así lo establecía la ley de Dios.

Hubo uno que no fue delincuente y que fue azotado brutalmente sin tener una ley que limitara a sus torturadores en cuanto al número de azotes que podía recibir. Nos referimos al Hijo de Dios. No entendemos cómo es que Dios encarnado sufrió el maltrato que experimentaban los peores criminales.

La palabra de Dios nos detalla muy poco sobre esto en cuanto a lo que fue hecho a Jesús. Él hizo saber que sería azotado (Mt. 20:19; Mr. 10:34; Lc. 18:33). Sabía exactamente lo que le acontecería el día de su muerte y cómo sería azotado. Hay una sola mención que directamente menciona esto llevándose a cabo. Juan escribió: “Tomó Pilato a Jesús, y

le azotó” (Jn. 19:1). Al no saber mucho, tendremos que tener mucho cuidado al considerarlo.

Los romanos flagelaban a sus reos antes de ser crucificados. Muchos morían al ser flagelados sin llegar a la cruz por lo salvajes que eran en su forma de azotarlos. Cristo no moriría siendo azotado, sino al estar sobre la cruz; pero esto nos hace pensar en la intensidad que habrán sido estos dolores para él.

El látigo o el flagrum tenía un mango para que lo pudieran agarrar correctamente y así usar más fuerza a la hora de golpear a la persona. El látigo estaba hecho de tiras de pieles de animal, que llevaban objetos de metal y huesos de animal. De manera que no solamente era sufrir al sentir el látigo haciendo contacto sobre la carne, sino que la carne era removida. En ocasiones, las contusiones eran tan grandes que los órganos de los prisioneros quedaban expuestos. No sabemos a qué grado esto fue con el Señor de gloria, pero lo que sí sabemos es que él dijo sobre la cruz: “Contar puedo todos mis huesos” (Sal. 22:17). Esto nos da una idea de lo desfigurado que quedó el cuerpo del Señor de tantas cosas que le hicieron.

Desnudaban casi completamente a la persona y amarraban sus manos a una columna. De esta manera el reo no podía escudarse o moverse. Normalmente dos soldados se turnaban para que los golpes fueran continuos y para que descansaran unos segundos mientras el otro compañero desempeñaba este acto de crueldad. En el caso del Hijo de Dios no había necesidad de sujetarlo si es que lo hicieron. Él se entregó a esos hombres perversos para que le hicieran lo que ellos quisiesen. Fue como un cordero que es llevado al

matadero o como una oveja delante de sus trasquiladores (Isa. 53:7). Él dio su cuerpo a sus heridores (Isa. 50:6).

Los latigazos hacían laceraciones en todo el cuerpo; como en los hombros, espalda, abdomen y piernas. Pudiéramos tomar la palabras del Salmo 129 para describir cómo la flagelación afectó el cuerpo bendito de nuestro Salvador. “Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos” (v.3). Con razón Isaías predijo acerca del Señor que él sería desfigurado (Isa. 52:14). Fue maltratado del tal manera que quedó irreconocible. No solo había perdido su aspecto físico, pero también perdió la apariencia de un ser humano. A tal grado padeció el Amante de nuestras almas.

Bajo la ley judía ya vimos que el límite era de cuarenta azotes. Bajo la ley romana no había límite. Jesús fue azotado sin ninguna ley para que le amparara en cuanto al número de azotes que podían infligirle. Una y otra y otra vez, sintió esos látigos destrozar su precioso cuerpo.

¡Cuánto nos amó el Señor! Nos detenemos para meditar en lo que habrá sido para el Señor Jesús ser azotado.

Al participar mañana del pan en la cena del Señor, debemos asegurarnos de que cuando participemos del pan, realmente hagamos memoria del cuerpo partido de nuestro Señor. Tomar del pan o de la copa, simplemente por hacerlo, no es lo que Dios quiere que hagamos. Él quiere que lo hagamos en memoria de él. Al comer del pan, piense detenidamente en el Cristo azotado.

LOS PREMIOS DE LA CRUZ

Les he puesto delante la vida y la muerte. Dt. 30:19

Después de pronunciar las maldiciones que acontecerían a Israel por no cumplir la ley de Jehová, ahora se les promete distintas bendiciones. Podían ser partícipes de estos beneficios si se arrepentían, si se convertían a Dios y si le obedecían con todo su ser. Para Dios no sería suficiente que lo hicieran a medias y para él sería detestable si lo hacían hipócritamente. Tenían que obedecerle con todo su corazón y con toda su alma (v.2). Tenían que amarle con todo su corazón y con toda su alma (v.6). Tenían que convertirse a él con todo su corazón y con toda su alma (v.10).

El Señor que nos ha redimido a nosotros por medio de la sangre de Jesús, exige que todo lo que somos, espíritu, alma y cuerpo, sean apartados a él (1 Tes. 5:23). Entre más contemplamos lo que el Salvador ha hecho por nosotros en el madero de maldición, más deseo tendremos de cederle completamente todo lo que somos. No podemos rendirle a Dios la mitad de lo que somos. No podemos consagrarle a Dios la mayor parte de nosotros. Él quiere todo de nosotros. Jesucristo sufrió para que podamos ser hechos de él. El Hijo de Dios nos rescató para que seamos esclavos suyos.

Las bendiciones aseguradas a la descendencia de Jacob en Deuteronomio 30 fueron las siguientes:

1. Hacer volver los cautivos

En parte se cumplió cuando Israel regresó a su tierra después del exilio. Jehová les estaba prometiendo libertad. El Señor Jesús es nuestro Libertador. De él se profetizó que vendría a publicar libertad a los cautivos (Isa. 61:1). Le prometió al pecador: “conocerán la verdad, y la verdad les hará libres” (Jn. 8:32).

2. Tener misericordia de ellos

Sea Israel o la iglesia, ¿qué sería de su pueblo si el Dios del cielo no hubiese tenido misericordia de nosotros? “Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (Rom. 11:32). Es extraño que los que más hemos experimentado la misericordia de Dios, no mostremos eso mismo hacia los demás. Jamás debemos acostumbrarnos a este atributo de Dios.

3. Volver a recogerlos de entre todos los pueblos

Dios debió haber desechado a su pueblo para siempre por toda su maldad, pero se les promete que un día los recogerá. Esto habla de su ternura. Este trato vino a darles el Señor Jesús cuando quiso juntarlos como lo hace la gallina con sus polluelos, pero no quisieron (Mt. 23:37; Lc. 13:34). Un día Israel será recogida y llevada como el pastor apacienta a su rebaño y en su brazo y en su pecho lleva a los corderos (Isa. 40:11). El hecho de que Jehová habla de recoger a los suyos, habla también de la delicadeza que Jesús ha tenido con nosotros. Él siendo el buen pastor, nos halló perdidos y nos puso sobre sus hombros para llevarnos a un lugar seguro como lo es el

redil.

4. Los hará volver a la tierra

El pacto entre Dios e Israel enfatiza el hecho de que los Hebreos habrían de morar en su territorio. Retomaron su heredad cuando regresaron de Babilonia, pero tendrá su cumplimiento final cuando tomen su tierra en el milenio. A pesar de todo lo que han sufrido y seguirán padeciendo los judíos, nada podrá impedir que esto se lleve a cabo. Nosotros también podemos estar seguros de un día heredar el reino que Dios tiene preparado para nosotros. El Rey tuvo que derramar su sangre para dárnoslo.

5. Circuncidará su corazón

Dios les prometió darles un nuevo corazón para poder agradecerle. Lo mismo se les prometió en Ezequiel 36. “Les daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (v.26, 27). Esto es exactamente lo que Dios ha hecho en nosotros a través de la regeneración. Hemos podido ser transformados por medio de la muerte y la resurrección de Jesucristo. Por él es que hemos podido morir al pecado y andar en novedad de vida.

6. Maldiciones sobre sus enemigos

Lo mismo se le prometió inicialmente a Abraham, el padre de los hebreos. Israel podrá morar con seguridad en

su tierra porque Dios vencerá a sus enemigos. Al final de todo, Dios habrá vencido a nuestros enemigos. La muerte, el pecado, el diablo, todo será conquistado y derrotado.

7. Obediencia a la ley

Todas estas bendiciones resultarán en que Israel podrá obedecer la ley de Jehová. Lo que les había resultado imposible hacer por causa del pecado, lo podrán realizar por medio de los cambios que Dios hará en ellos. La incapacidad de Israel, y la nuestra también, en obedecer la ley, puede ser claramente contrastada por aquél que la cumplió en nuestro lugar. El Señor Jesucristo cumplió lo que nosotros no podíamos, para que se hiciera este gran cambio en nosotros, y así pudiésemos obedecer lo preceptos de Dios.

8. Abundancia y prosperidad

Se le prometió también a Israel que prosperarían en todo lo que harían. Habla de la riqueza espiritual tenemos y que tendremos por medio de Cristo Jesús. A través de su vida, muerte y resurrección, hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual (Ef. 1:3).

Dios le propuso a Israel que escogieran entre la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Por gracia de Dios, nosotros hemos escogido la vida y la bendición. El Padre tuvo a bien conocernos y predestinarnos desde la eternidad para que podamos gozar todas las bendiciones que nos ha otorgado por la gran obra hecha por su Hijo.

EL REY DE JESURÚN

Y fue rey en Jesurún, cuando se congregaron los jefes del pueblo con las tribus de Israel. Dt. 33:5

Dios es el mejor de los poetas. Las poesías y el lenguaje figurativo de ese género literario que Jehová emplea, no puede ser igualado por los hombres. Las rimas que se encuentran en distintas porciones de su palabra muestran la infinita habilidad que tiene Dios para expresar sus pensamientos, sentimientos y propósitos de esa forma.

Se expresó de forma poética a Israel antes de que entraran a la tierra que fluía leche y miel. Moisés les enseñó un cántico, Moisés bendijo a la nación y Jehová les describió el reino de él sobre ellos en el Sinaí al darles la ley. Todo esto con un hermoso lenguaje de poesía. Al hablarles sobre él como su Rey, les dijo por medio de Moisés, que él era “el Rey de Jesurún”.

¿Dónde es Jesurún? ¿A quién se refiere? Jesurún es un nombre poético muy precioso que Dios le dio al pueblo que él tanto ama. Este nombre de los hijos de Jacob, solo es utilizado en dos libros toda la Biblia, en Deuteronomio y en Isaías. Esta palabra significa “recto, justo”. Esto muestra el ideal que Jehová tenía para ellos. Quería un pueblo que le rindiera servicio y adoración en justicia. Esto no fue lo que sucedió. Israel quebrantó el corazón de Dios.

Pero queremos enfocarnos en el hecho de que Dios le hizo

ver a Israel que él era el Rey de Jesurún. La escena descrita en los primeros versículos de Deuteronomio 33 es muy llamativa. Hizo resplandecer su refulgente gloria al descender sobre el monte Sinaí. Llegó en medió de diez millares de ángeles. En su mano derecha había fulgor centelleante. Delante de su magnífica presencia, se reunieron los jefes del pueblo, y él fue visto como el incomparable y resplandeciente Rey. La escena es la de un monarca que sale a ganar valerosamente las batallas a favor de los suyos para después regresar a su nación y ser reconocido como el más grande entre ellos. ¿No merecía lo mismo Jehová entre Israel? ¡Sin ninguna duda! Su gloria, grandeza, salvación, y muchas cosas más, lo hacían digno de poder ser reconocido como el Rey de Jesurún. También se describe en ese pasaje, como uno que cabalga los cielos para defender a su amado pueblo.

Siempre ha sido el propósito ser reconocido como el Rey de Israel, y también de todas las naciones. Los profetas predijeron que Jesús será el Rey. Zacarías, por ejemplo, profetizó: “tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zac. 9:9). Jesús no vino a establecer su reino en su primera venida. Aunque muchas personas desearon eso, él bien sabía que no era el tiempo indicado. El propósito divino era que él viniera para predicar el evangelio del reino y para que derramara su sangre, y así multitudes de personas podrían pasar del reino de las tinieblas, al reino de su Padre celestial. El reino visible de Cristo Jesús no se establecerá hasta su segunda venida. A pesar de que no fue su intención establecer el reino en su primera venida, Jesurún no le reconoció como su Rey.

Ellos serían como esas personas que dijeron del hombre noble que fue a una tierra lejana para recibir su reino, “no queremos que éste reine sobre nosotros” (Lc. 19:14). En su nacimiento fue reconocido como el Rey por los magos del oriente. Le preguntaron a Herodes, “¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido?” (Mt. 2:2). Le trataron como Rey porque, cuando lo encontraron, se postraron delante de él y le presentaron tres regalos valiosos. Pero en su muerte, el concepto de él siendo el Rey de los judíos, fue repudiado y mofado. Cuando Pilato les preguntó qué debía hacer con su Rey, ellos gritaron: “No tenemos más rey que Cesar” (Jn. 19:15). Sentenciaron su muerte sobre la cruz, y él murió con un título sobre su cabeza que indicaba cuál había sido su supuesto crimen. El título decía: “ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS” (Mt. 27:37). El Rey de Jesurún no fue aceptado, sino puesto a morir sobre un vil madero.

El Rey de Jesurún un día sí reinará en Sion. En su segunda venida, él vendrá con un nombre inscrito sobre su muslo que será “REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Ap. 19:16). Israel y todas las naciones reinarán con él sobre esta tierra por mil años. Durante esa época gloriosa y durante nuestra eternidad en la Nueva Jerusalén, reinaremos junto con el Rey de Jesurún.

LAS GLORIAS DE NUESTRO JOSÉ CELESTIAL

Aquel que es príncipe entre sus hermanos. Dt. 33:16

Al bendecir Moisés a las tribus de Israel antes de morir, él le dijo palabras a las tribus de José que deben llamarnos mucho la atención.

Debemos notar que de todas las bendiciones, esta es la más extensa. A la mayoría de las tribus, solo les dedicó unas pocas palabras. Para la tribu de Leví tuvo un poco más que decirles que a las otras. Pero la tribu de José fue la que más palabras recibió. El que más angustias tuvo entre sus hermanos, fue el que más recompensas recibió. Lo mismo encontramos en la bendición que dio Jacob a sus hijos antes de morir (Gn. 49). A José fue al que se le prometió mayor bendición. Otra manera en la que vemos la generosidad de Dios a José por lo que él padeció, es por el hecho de que él fue el único de los hijos de Jacob de quien salieron dos tribus, Manasés y Efraín.

Lo mismo encontramos en la experiencia de nuestro bendito Señor. El que más sufrió a lo largo de su vida y durante su muerte sobre la cruz, es aquel a quien Dios más ha prosperado. El Señor primero sufrió intensamente para después gozar de inmensas glorias (1 Pe. 1:11). Lo mismo encontramos en los capítulos 52 y 53 de la profecía de Isaías.

El profeta nos anticipó que el Mesías padecería muchas cosas, mayormente al ser herido por nuestras maldades, pero también se nos detallan aquellas llamativas recompensas que el Padre le ha dado a su Hijo Amado. *“Será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto... asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca”* (Isa. 52:13, 15) *“Verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada... le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos”* (Isa. 53:10, 12). No podríamos calcular lo mucho que Cristo Jesús ha sido prosperado por su Dios, por todo lo que él padeció.

Veamos cómo en la bendición recibida por José por parte de Moisés, todo lo que se le dice es en tono positivo. Al hablar Moisés a otras tribus, en algunos casos él aludió a pecado que ellos habían cometido. Por ejemplo, él mencionó la falta de la tribu de Leví cuando contendieron en las aguas de Meriba. Algo que debe captar nuestra atención es que Moisés no mencionó a la tribu de Simeón. ¿Será posible que esto fue por la participación de Simeón en la matanza de los varones del lugar de donde era Siquem, quien deshonoró a su hermana Dina? Pero en el caso de José, insistimos, no hay mención de alguna falta en la bendición pronunciada sobre su descendencia. No solo vemos su piedad en la bendición de Moisés, sino también por lo que leemos de él en Génesis. La historia que nos presenta el Espíritu Santo de él a través de la pluma de Moisés en el primer libro del Pentateuco, es de un hombre virtuoso y puro.

La vida recta de José, sin duda, nos hace meditar en la pulcritud de nuestro Salvador. Obviamente, la pureza de José no puede compararse con la limpieza que encontramos en Cristo. Aunque no leemos de José cometiendo pecado, él

tuvo que haber cometido maldad, ya que era un *“hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras”* (Stg. 5:17). En cuanto a nuestro Señor, no leemos de que él haya pecado, pero no solo eso; la palabra de Dios enseña claramente que él no podía pecar. Si la pureza de José se resalta en la bendición de Moisés y a lo largo de las Escrituras; la perfección de Jesús, se destaca infinitamente por encima de cualquier otra persona que ha procurado vivir en limpieza delante de Dios. Él es de quien proclaman los serafines: *“Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”* (Isa. 6:3).

Moisés describió también la exaltación de José, en relación a lo que se vería en su cabeza. Dijo que la gracia del que habitó en la zarza vendría sobre su cabeza y su frente. Vemos cómo es que el que llevó vergüenza y afrenta sobre sí a lo largo de muchos años, después sería coronado como gobernador de Egipto. Lo mismo encontramos en nuestro bendito Señor. Primero fue coronado de espinas, para después ser coronado de honra y de gloria (Heb. 2:9). Cuando Juan vio cómo se presentará Cristo al venir a reinar en gloria, lo describe como teniendo sobre su cabeza muchas diademas (Ap. 19:12). ¡Qué esplendorosa presentación él tendrá!

En cuanto a su majestad, Moisés también habló de que José es *“como el primogénito de su toro es su gloria”*. ¡Qué maravilloso! Moisés nos permite observar la dignidad de esta varón y la describe utilizando a un animal primogénito como ejemplo. José, a pesar de ser el penúltimo hijo que tuvo Jacob, realmente es como si hubiese sido su primogénito. Fue el hijo a quien Jacob más amaba y fue el hijo que más sobresalió por encima de todos los demás.

La gloria de José nos lleva a pensar en la refulgente gloria de nuestro Señor. Su Padre le ha otorgado la gloria de ser considerado el Primogénito. Esto no es por ser el primero en ser creado o en haber nacido, sino por su inmensidad e importancia. Él ha sido hecho Primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8:29), porque él está por encima de todos aquellos que hemos sido predestinados. Cristo es el Primogénito de toda creación (Col. 1:15), porque él goza de toda la preeminencia sobre toda cosa creada por Dios. También es el Primogénito entre los muertos (Col. 1:18; Ap. 1:5). Fue introducido por el Padre a este mundo como el Primogénito para ser adorado por los ángeles (Heb. 1:6). Solo él goza de esta excelsa prioridad sobre cualquier persona y cosa. ¡A él sea la gloria por los siglos de los siglos!

Con todo esto, es claro ver cómo es que José fue hecho príncipe entre sus hermanos, como lo afirmó Moisés. El que fue criticado, envidiado y tirado en una cisterna por sus hermanos, y vendido a Egipto como si fuera un objeto, es el que fue hecho príncipe sobre ellos. Esto lo había anticipado José a su padre y hermanos a través de los sueños que Dios le había dado. Él les había hablado sobre los manojos de sus hermanos inclinándose al manojito suyo; y de el sol y la luna (sus padres) y de las estrellas (sus hermanos), inclinándose ante él. Lo que ellos vieron como algo descabellado, tiempo después se cumplió. Después de viajar a Egipto para comprar comida, tuvieron que postrarse ante José, y reconocerle como el que tenía plena autoridad sobre ellos.

¿No es esta la conmovedora escena presentada en Filipenses 2, en relación a nuestro Salvador? Se despojó de todo, tomó forma de un esclavo y se humilló cuando fue hecho

semejante a los hombres al tomar un cuerpo semejante al nuestro. Su humillación no terminó allí. Fue obediente a su Padre hasta morir la muerte más cruel y la más denigrante, la muerte por crucifixión. El Hijo de Dios quien sufrió tantas humillaciones, es el mismo quien fue exaltado hasta lo más alto, recibió un nombre que es sobre todo nombre, ante él se arrodillará toda persona y todos confesarán que él es el Señor. Con razón tenemos un deseo profundo de adorar a nuestro Señor. No hay nadie como él. Ha hecho tanto por nosotros y ahora él está en la posición gloriosa en la que él merece estar.

Llegará muy pronto el día cuando Jesús, no sea reconocido como príncipe como fue en el caso de José, sino que él será reconocido como el Rey que estará por encima de todos los reyes. Las bendiciones dichas por Moisés en cuanto a la prosperidad que José gozaría en sus tierras, se cumplirán plenamente cuando Cristo reine sobre esta tierra por mil años. El Rey de gloria traerá prosperidad a esta tierra como jamás se ha visto. Para poder reinar, él será como Moisés dijo de José: *“Sus astas como astas de búfalo; con ellas acorneará a los pueblos juntos hasta los fines de la tierra.”* El Señor, cual Conquistador invencible, vendrá y derrotará a todas las naciones para poder gobernar su reino que será como ningún otro.

Al llegar a la cena del Señor o al partimiento del pan, para hacer memoria de nuestro Amado; meditemos en cada una de estas maravillas relacionadas con la supremacía de nuestro José celestial, Cristo Jesús, quien fue hecho príncipe entre sus hermanos, y mucho más que eso.